

Refugio, 2008



El análisis del discurso

◆ Dominique de Voghel Lemercier

El discurso, centro de todo acto de comunicación, tiene lugar en medio de la sociedad; está subordinado a las fuerzas de poder que se manifiestan en las tomas de palabra o en cualquier enunciación verbal y no verbal. Dentro de las ciencias sociales, el análisis del discurso se aleja de la lingüística pura, considerada en un sentido más tradicional, que se interesa sobre todo en la oración. Al análisis del discurso, que se ocupa de un texto como conjunto, le incumbe el uso real de la lengua por usuarios concretos, en situaciones sociales concretas. Desde la interacción cotidiana hasta las estructuras de grupos, las relaciones entre discurso y sociedad se hilan como condiciones para el uso del lenguaje, es decir, para la producción, la construcción y la comprensión del discurso.

El discurso está presente en todo momento de la vida, y es preciso darnos cuenta de los efectos que logramos al discurrir. La situación del hablante en el acto mismo de hablar (o de escribir, o de mostrar su casa, su carro, su ropa o su música, por ejemplo) es el foco de las significaciones más importantes.

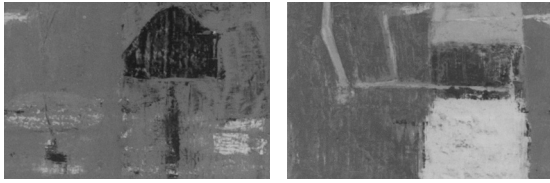
Para Roland Barthes,¹ el discurso, como conjunto de oraciones, está organizado y aparece como un mensaje de otro lenguaje, superior al de

los lingüistas; tiene sus unidades, sus reglas, inclusive su gramática propia. Por ello, el discurso es el objeto de una segunda lingüística, más allá de la oración. Para un análisis cuya tarea es inmensa y sus materiales infinitos, a Barthes le parece razonable postular una relación de homología entre las oraciones del discurso, en la medida en que una misma organización formal regula los sistemas semióticos, cualesquiera que sean sus sustancias y dimensiones. Así, “el discurso sería una gran ‘oración’ (cuyas unidades no serían necesariamente oraciones), y la oración, mediando ciertas especificaciones, es un pequeño ‘discurso’”.² Dado que el discurso es el modo natural e inherente al género humano para la expresión de las ideas y de los sentimientos, es necesario *agarrarlo*, literalmente, y escudriñarlo para encontrar y entender el sentido del intrincado tejido de las relaciones sociales. No cabe duda que el discurso tiene vida, alma; se hace presente en nosotros y entre nosotros en todo momento; nos es indispensable para poder desenvolvernos en la sociedad, para vivir.

El discurso es orientado, desde luego, por el hablante en función de su meta; se orienta gracias, valga decirse, a una especie de sonar, como el de los delfines, que rebota sobre los otros discursos

¹ Roland Barthes, “Introducción al análisis estructural de los relatos”, en Roland Barthes (ed.), *Análisis estructural del relato*, Ediciones Coyoacán, México DF, 2006 (1996).

² *Ibid.*, p. 9.



y, principalmente, sobre el contexto. También se desarrolla en el tiempo y, por consiguiente, en la historia; es historia, testigo de otros tiempos y también de la actualidad.

Recordando *Cómo hacer cosas con palabras*, el libro póstumo de John Austin,³ podemos decir que el discurso es también una herramienta, un arma de poder que se usa para imponer un punto de vista, para distorsionar la información, para engendrar el miedo, para hacer menos a otros, o bien, al contrario, herramienta para acercar a personas y puntos de vista, fomentar la paz, para hacer el mundo más humano. El análisis del discurso, sobre todo el análisis crítico del discurso, fomenta la esperanza, dicho de manera elemental, de modificar una situación, de cambiar el mundo, al menos de oponer resistencia a las expresiones de poder.

El discurso es contextualizado; no interviene *dentro de* un contexto, como si el contexto fuera solamente su marco, o su escenografía que le pone límites; de hecho, no hay más discurso que contextualizado, dado que no podemos verdaderamente asignar un sentido a un enunciado fuera de contexto. Además, el discurso contribuye a definir su propio contexto y puede modificarlo en el transcurso de la enunciación.

El discurso es un evento comunicativo complejo que involucra a actores sociales en los roles de hablante/escritor y oyente/lector (también a veces el rol de observador o escucha, la tercera persona), que intervienen en una situación específica

(tiempo, lugar, circunstancias) determinada por otras características del contexto. Desde luego, el acto comunicativo puede ser escrito u oral, y aparecen también dimensiones no verbales, como fotos, vestimenta, ademanes, miradas, lo que estudian la gestualidad y la proxémica.

Se busca, mediante el análisis del discurso, de manera sistemática, por cuáles de sus estructuras, tales como las estructuras semánticas, la sintaxis, el léxico, los actos de lenguaje, entre otras, las opiniones ideológicas se manifiestan en el texto.

Recordando las raíces de este concepto, Dominique Maingueneau⁴ señala que es difícil trazar la historia del análisis del discurso, dado que no parte de un acto fundador, sino que resulta a la vez de la convergencia de corrientes recientes y del renuevo de prácticas muy antiguas de estudios de los textos. Hacia mediados de los años sesenta, escribe Maingueneau, empiezan a definirse las corrientes que van a modelar el actual campo del análisis del discurso: la etnografía de la comunicación, el análisis conversacional de inspiración etnometodológica y la Escuela Francesa. Al mismo tiempo, se desarrollan las corrientes pragmáticas, las teorías de la enunciación y de la lingüística textual.

Para Maingueneau, el análisis del discurso tiene que ver con los géneros de discursos; puede interesarse por los mismos *corpora* que la sociolingüística y el análisis conversacional, pero con un enfoque diferente. Encontrándose en el cruce de las ciencias sociales, dice el autor, es muy inesta-

³ John L. Austin, *How To Do Things With Words?*, Clarendon Press, Oxford, 1962.

⁴ Dominique Maingueneau, "Analyse du discours", en Patrick Charaudeau y Dominique Maingueneau (dirs.), *Dictionnaire d'analyse du discours*, Éditions du Seuil, París, 2002.

ble. Hay analistas del discurso un tanto sociólogos, otros más bien lingüistas, otros más bien psicólogos. Contradiendo a Bourdieu,⁵ quien lamentaba la dominación de la lingüística sobre las ciencias sociales, podemos afirmar que los lingüistas, particularmente los analistas de discurso, ayudan a las ciencias sociales.

A raíz de la apertura de un diálogo entre las disciplinas que trabajan sobre el discurso y entre las diferentes corrientes de análisis del discurso, Maingueneau distingue algunos polos: 1) los trabajos que ubican el discurso dentro del marco de la interacción social; 2) los trabajos que se centran en el estudio de situaciones de comunicación y, por lo tanto, de los géneros de discursos; 3) los trabajos que articulan los funcionamientos discursivos sobre las condiciones de producción de conocimientos o sobre posicionamientos ideológicos; 4) los trabajos que ponen en primer plano la organización textual o la localización de marcas de enunciación.

Y precisa: “Además, numerosas investigaciones que se reclaman del análisis del discurso no intentan con prioridad comprender funcionamientos discursivos sino que se conforman con estudiar fenómenos muy localizados para elaborar interpretaciones sobre *corpora* ideológicamente sensibles. En este caso, los conocimientos que proporciona el análisis del discurso son puestos al servicio de una mirada militante. La Escuela Francesa de los años sesenta tenía así una mirada militante, apoyada

en una teoría del discurso de inspiración psicoanalítica y marxista. La corriente más reciente de “análisis crítico del discurso” (*critical discourse analysis*) aspira a estudiar –para hacerlas evolucionar– las formas de poder que se establecen por medio del discurso entre los sexos, las razas, las clases sociales.⁶

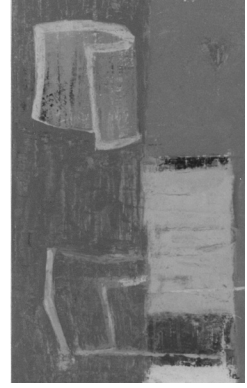
Maingueneau, recordando a Widdowson y Beaugrande, considera que el análisis del discurso es una acción que se encuentra forzosamente con la interrogación: el descubrimiento de una ideología en los textos, ¿no implica otra ideología en el analista? Obviamente, para que aparezca la ideología en el discurso debe existir un parámetro, que está en el simple lector y, desde luego, en el analista. Preguntarse sobre la ideología del analista equivale literalmente a debatir sobre su posición, su mirada; estamos hablando de la esencia de su trabajo: ¿qué hago aquí?; ¿para qué me pongo a analizar el discurso?

El discurso disimula ideología; para Hodge y Kress, “la ideología transmite y vuelve naturales las contradicciones, y esto normalmente aparece como un complejo, un juego de elementos contradictorios o versiones de la realidad física y social. El análisis ideológico es incompleto hasta que haya localizado las contradicciones estructurales que operan en práctica, en nombre de un conjunto dado de intereses”.⁷ El texto encierra en sus estructuras numerosos giros gramaticales, del léxico, fonéticos

⁵ Pierre Bourdieu, *Ce que parler veut dire. L'économie des échanges linguistiques*, Librairie Arthème Fayard, París, 1982.

⁶ *Ibid.*, p. 44.

⁷ Robert Hodge y Gunther Kress, *Language as Ideology*, Routledge, Londres, 1993 (1979), p. 210.



y semánticos aparentemente inocentes pero puestos al servicio de una ideología. Además, sostienen estos autores, la ideología está registrada también en la práctica social: “las formas ideológicas son estructuras de significado (versiones de relaciones sociales) que son inseparables de un conjunto de prácticas que son ellas mismas tipos de significado. El análisis ideológico del discurso debe tomar cabalmente en cuenta las ideologías registradas en las prácticas discursivas”.⁸

Al respecto, Van Dijk señala que “una gran parte de la labor del análisis del discurso se dirige a subrayar las *ideologías* que desempeñan un papel en la reproducción de o la resistencia a la dominación o la desigualdad”.⁹ Dice Maingueneau, sin embargo, que hay algunos (como Bourdieu) que son tentados en ver en el análisis del discurso sólo un espacio transitorio, un campo parasitario de la lingüística, de la sociología o de la psicología que, en cambio, sí serían verdaderas disciplinas. Otros, inspirados por la Escuela Francesa, ven en él una suerte de espacio crítico, de lugar de interrogación y de experimentación donde pueden manifestarse los problemas con que se topan las disciplinas constituidas. En este caso, afirma Maingueneau, su estatuto se acercaría al de la filosofía y, en un caso como en otro, se trata más de un espacio de problematización que de una verdadera disciplina.

De todas maneras, subraya el autor, la historia del análisis del discurso desde los años sesenta muestra que su carácter disciplinario no ha dejado de fortalecerse. Si bien no se puede negar que al principio tenía un alcance crítico, progresivamente se ha interesado en el conjunto de las producciones verbales y ha desarrollado un aparato conceptual específico; ha hecho dialogar cada vez más a sus múltiples corrientes y definido métodos distintos de los del análisis de contenido o de acciones hermenéuticas tradicionales. Y como exaltado, remata: “La existencia misma de una disciplina como el análisis del discurso constituye un fenómeno que no es anodino: por primera vez en la historia, la *totalidad* de los enunciados de una sociedad, aprehendida en la multiplicidad de sus géneros, es llamada a devenir objeto de estudio”.¹⁰ Y todavía cita a Foucault: “De lo que se trata aquí no es [de] neutralizar el discurso, hacer de él el signo de otra cosa y atravesar su espesura para alcanzar lo que permanece silenciosamente de este lado de él, es al contrario mantenerlo en su consistencia, hacerlo surgir en la complejidad que le es propia”.¹¹

Deborah Tannen, por su parte, señala que se define a veces el análisis del discurso como el análisis de la lengua “detrás de la oración”;¹² según esta definición, nos detenemos en ciertas oraciones y, minuciosamente, buscamos lo que ocultan,

⁸ *Ibid.*

⁹ Teun A. van Dijk, *Racismo y análisis crítico de los medios*, Paidós Ibérica, Barcelona, 1997, p. 16.

¹⁰ Dominique Maingueneau, “Analyse...”, *op. cit.*, p. 435.

¹¹ *Ibid.*

¹² Deborah Tannen, “Discourse analysis”, en Linguistic Society of America, <http://www.lsadc.org/info/ling-fields-discourse.cfm>, consultado en agosto de 2010.

o también leemos (nos colamos) entre las líneas, en busca del significado social. Pero, ¿son necesarias estas contorsiones para buscar el significado social? Solamente debemos detenernos para mirar lo que hay ante nuestros ojos, que quizá no es obvio inmediatamente, como dice Van Dijk, pero que ahí se encuentra, las evidencias: giros semánticos y léxicos, negaciones, voz pasiva, sustantivización, etcétera, evidencias de la lengua misma que reflejan, desde luego, una ideología. En este punto, recordemos el concepto de organización trans-oracional de Maingueneau, que supone que uno atraviesa las oraciones, las sobrevuela, para tener una vista más integral del objeto de estudio. De cualquier forma, se trata de sacudirlo suavemente para aflojar sus oraciones y así empezar a deconstruirlo, desarmarlo, pero sin perder la consistencia de la que habla Foucault.

Discurso e ideología

Puede considerarse, en general e idealmente, que en un trabajo de investigación lo que se pretende es llegar a la verdad, que deviene anhelo del investigador. La verdad en el discurso, y más generalmente en las humanidades, oculta tras las palabras, es borrosa; nadie la tiene totalmente porque no es asequible ni comprobable como, probablemente, en las ciencias exactas. En éstas, a menudo se logra comprobar fehacientemente la hipótesis planteada, gracias, por ejemplo, a las pruebas matemáticas o de laboratorio. Entonces,

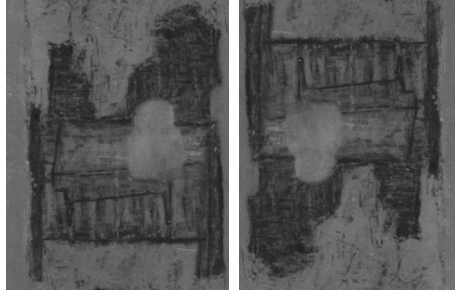
en las humanidades y en el discurso, si parece que la verdad es inalcanzable, ¿qué hay en el analista que pueda suplir ese anhelo de ella?; ¿qué es lo que lo motivará?

Las humanidades, justamente como lo dice su nombre, se dedican a estudiar lo humano. Una investigación en esta área generalmente busca interrogar la historia, aportar una solución a problemas sociales, ayudar a mejorar la condición humana. Mejorar la condición humana implica reconocer, básicamente, la igualdad entre los seres humanos, la justicia y la paz que devienen, filosóficamente hablando, la única verdad del investigador en humanidades. El primer “considerando” del preámbulo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, adoptada y proclamada por la Resolución de la Asamblea General 217 A (iii), del 10 de diciembre de 1948, plantea que la libertad, la justicia y la paz en el mundo se sustentan en “el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana”.¹³

Si investigamos el discurso y la comunicación “de un modo sociopolítico consciente y opositor”, como dice Van Dijk,¹⁴ tenemos la vía trazada, la motivación bien fundada. El analista solo frente a su texto, partiendo de su consciencia sociopolítica (de su ideología), empieza a leerlo con cierta atención; ya se instaura entre los dos la cercanía que será suya por un tiempo. Y nacerá el anhelo, tal vez no de verdad, sino de (¿utópico?)

¹³ *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, Ginebra, 10 de diciembre de 1948, en Naciones Unidas, <http://www.un.org/spanish/aboutun/hrights.htm>, consultado el 24 de julio de 2007.

¹⁴ Teun A. van Dijk, *Racismo y análisis...*, op. cit., p. 15.



cambio del mundo, llanamente. En este momento germinal, ¿estamos ante el discurso o frente a él? Depende del grado de oposición, del encono, entre (el autor de) el discurso y el analista: *ante el discurso*, si aprobamos sus rasgos ideológicos, si somos solidarios con el autor, y *frente a él*, prácticamente confrontado con él, si es necesario develar, denunciar y combatir la ideología que refleja.

Es una cuestión de equilibrio entre las dos ideologías: si son afines, si el escrutador hace suya la del (autor del) discurso, no habrá tensión. Pero si hay en el discurso una ideología dominante, una fuerza imponente ejercida por medio de las palabras, prevalecerá obviamente ese poder, ese peso, y el analista, desde su consciencia sociopolítica, y por ende desde su ideología, constituirá otro discurso, un discurso de resistencia producto de su análisis y de su escritura, opuesto al discurso impugnado, al cual hará contrapeso a favor de las personas que no tienen acceso a ningún discurso; será su voz; pero habrá que ver si le da después acceso al discurso como lo dan a la elite.

Sylvie Bruxelles señala que la ideología ya ocupaba un lugar central en el análisis del discurso francés de los años sesenta y setenta.¹⁵ Michel Pêcheux, explica la autora, reunió a su alrededor, de 1969 a 1983, a varios lingüistas, historiadores y filósofos, quienes se esforzaron por articular las teorías del discurso y de las ideologías. De allí emanaron algunas fórmulas, entre las cuales figu-

ra la del préstamo de “formación discursiva” de Michel Foucault y su reformulación en el terreno del marxismo. Luego vino la definición del pre-constructo como “impensado del pensamiento”, así como la noción de interdiscurso que vincula ideología, inconsciente y discurso.¹⁶

Posteriormente, en los años ochenta, explica Bruxelles, la noción de ideología no es más que rara vez objeto de teorizaciones. Además, los *corpora* estudiados han variado: Pêcheux señala que, al darse cuenta de la escasa plusvalía heurística que trae el estudio de *corpora* de “aparatos” de fuerte coherencia interna (discurso comunista, socialista, de extrema derecha), los analistas del discurso se desplazaron hacia discursos “ordinarios”, mediáticos, escolares, lexicográficos, entre otros.¹⁷

Refiriéndose a la actualidad, Bruxelles escribe que ahora es el *critical discourse analysis* que, en torno a Van Dijk, hace un uso más masivo de la noción de ideología, aplicada en particular al sexismo y al racismo y asociada a corrientes cognitivistas. Para Van Dijk, el proyecto de este “análisis sociopolítico del discurso” es “redefinir, en primer lugar, de manera muy específica y precisa, lo que son las ideologías, es decir, los sistemas sociocognitivos de las representaciones mentales socialmente compartidas que controlan otras representaciones mentales tales como las actitudes de los grupos sociales (incluyendo los prejuicios) y los modelos mentales [...] En segundo lugar, queremos buscar,

¹⁵ Sylvie Bruxelles, “Idéologie”, en Patrick Charaudeau y Dominique Maingueneau (dir.), *Dictionnaire d'analyse du discours*, Éditions du Seuil, París, 2002.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*

de manera sistemática, por cuáles estructuras del discurso tales como las estructuras semánticas (los sujetos, la coherencia, la sintaxis, el orden de las palabras, etcétera), el léxico, los actos de lenguaje, etcétera, las opiniones ideológicas se manifiestan en el texto y las palabras”.¹⁸

Por su voluntad de sistematización de la relación ideología/discurso, dice Bruxelles, el análisis crítico del discurso contemporáneo tomó así el relevo del AD a la francesa de los años setenta, incluso en su mirada militante. Cita a Van Dijk: “hemos pensado que el análisis del discurso debe tener también una dimensión ‘social’. Así, en la elección de sus orientaciones, de sus temas, de sus problemas y de sus publicaciones, el análisis del discurso debe participar activamente, a la manera académica que es suya, en los debates sociales, y hacer investigaciones útiles a los que más las necesitan, más que a los que pueden pagar más”.¹⁹

Entonces, ¿hay una diferencia entre el análisis del discurso y el análisis crítico del discurso? Hasta aquí he usado el término “análisis crítico del discurso” para ubicar claramente, en un primer tiempo, las dos concepciones, y también para ci-

tar a Bruxelles y a Van Dijk, para quien el análisis crítico del discurso reside en “*un planteamiento, posicionamiento o postura* explícitamente crítico para estudiar el texto y el habla”.²⁰ Se trata de una postura, de una disposición ante el discurso, y por ello pienso que no cabe hacer la distinción; practicar el análisis del discurso es una cuestión de mirada acuciosa y responsable, en diferentes grados de crítica. Así opinan hoy en día el mismo Teun van Dijk y Teresa Carbó, quien dice convencida: “Análisis crítico del discurso es un pleonismo porque el análisis del discurso es una actividad meramente crítica”.²¹

A fin de cuentas, el discurso está en todas partes y en todos los soportes imaginables: nuestra ropa, nuestra manera de hablar y nuestros gestos, nuestro porte, nuestra mirada (véase el concepto de proxémica introducido por el antropólogo Edward T. Hall en 1963), el coche que manejamos y su color (cuando podemos escoger), la música que ponemos a todo volumen. Todas estas formas discursivas son igualmente objeto de estudio, para los antropólogos y los sociólogos, con la ayuda eventual de los analistas del discurso.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ Teun A. van Dijk, *Racismo y análisis...*, *op. cit.*, p. 16.

²¹ Red México de Analistas del Discurso, sesión del 24/3/06, CIESAS-Tlalpan, México DF.